

## Presentación

La vida de ningún hombre la mide enteramente el juicio que recibe de los otros; lo esencial, quiérase o no, siempre se nos escapa. En su relación con nosotros, los demás apenas si nos abren unas pocas rendijas a las que poder asomarnos y en las que poder distinguir, como en su fondo, alguno de los rasgos de su personalidad. Ni aun siendo muchos todos esos rasgos pueden proporcionarnos una imagen suya suficientemente perfilada, sino muy incompleta, incapaces nosotros de tenerlos presentes todos en un solo golpe de vista, sin dejar ninguno. Solo de un modo podemos salvarnos de tanta fragmentación, y es que medie el amor. Entonces sí; entonces somos verdaderamente lo que ven en nosotros y uno queda expuesto, irremediabilmente expuesto, a la mirada del otro.

Claro que nunca la transparencia llega a ser total entre nosotros. Solo Dios nos tiene a la vista en lo que verdaderamente somos. Para Él no existen, como sí en nosotros, puntos ciegos. Por eso a su mirada hay que acudir para que se nos haga justicia. Y no otra cosa demanda el corazón humano: que se le haga justicia, pero no con la medida que suele ser la nuestra, sino con esa otra –la Suya– desbordante. Es decir, que se nos mire como nos mira Él, con la misma ternura, sin dejarse nada.

Eso que Él tiene de forma tan transparente ante sus ojos es lo que cada uno de nosotros verdaderamente somos. Ahí, en esa misma visión, se encuentra lo que en las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento constantemente se apunta como nuestro nombre más verdadero y esencial, ése con el que Dios mismo nos llama, pero que aquí abajo, a nosotros, nos es desconocido. Es un nombre –se nos dice– que «está escrito en los Cielos» (Lc 10, 20), «un nombre que no

se borraré jamás» (Is 56, 5; cfr. Ap 3, 5), sino que se mantiene ahí, perennemente, en el presente de Dios, «porque así como permanecerán ante mí el cielo nuevo y la tierra nueva que yo haré, así permanecerán vuestro linaje y vuestros nombres» (Is 66, 22). Vivir en su memoria, que no aparte Él su mirada de nosotros... ¿no es ésta acaso la súplica más profunda que puede brotar del corazón del hombre cuando éste, echando cuentas sobre su propia vida, toma conciencia de cuánto distan en él lo infinito de su propio deseo y esta pequeña y fragilísima vasija que es él mismo en la que lo conserva?

Tal vez, en efecto, nadie recuerde nuestros nombres cuando nos hayamos ido. Así nos iremos muchos, sombras entre sombras, como si nunca hubiéramos sido... Pero Él sí, Él sigue recordándonos, nos guarda en su memoria, diciéndonos, nombrándonos por toda la eternidad. Todos somos de algún modo esos por los que abogó el poeta –«los muertos que nacen», escribió– para que al nombrarlos Él no acabasen devorados por el olvido del mundo. «Tú sí los llamarás», decía cargado de esperanza Luis Rosales a Dios...

Tú sí los llamarás; son los que esperan,  
los semovientes náufragos que saben  
que el roce irá gastando día tras día  
su materia carnal [...] ¡Vuelve a nombrarles!  
¡Nadie sabe su nombre entre nosotros! (*Rimas*, 1951)

La aspiración a la santidad quizá no sea en el fondo sino el deseo más profundo de que coincidan en nosotros, inexorablemente abocados al desgaste del tiempo y a la incertidumbre de nuestra propia libertad, ese nombre que Dios nos da y el que le habremos de devolver nosotros. Un deseo radical de justicia que hace de nuestra fidelidad a Dios la afirmación más perfecta de la propia vida, respuesta amorosa a un amor que en todo caso se nos dio primero (cfr. 1 Jn 4, 19): «Si estoy contigo –escribió el salmista– no deseo nada en la tierra. Aunque mi corazón y mi carne se consuman, Dios es mi herencia para siempre [...]. Mi dicha es estar cerca de Dios» (Sal 73, 23-28).

\*\*\*

Cuando mueren, algunos de entre nosotros dejan vivo su recuerdo a nuestro alrededor y trazan con sus nombres la topografía en que se van moviendo luego nuestros pies, como un mapa que nos permite orientarnos sobre unas cuantas certezas básicas de las que ellos, rotulando nuestras calles, edificios, plazas..., siguen con el pasar de los años dando callado testimonio. Para la vida de un pueblo nada hay más vital que el cuidado de esa topografía que encarna la memoria a este lado nuestro de la eternidad de quienes, porque nos han precedido, han hecho ya del que es también nuestro destino *historia*: una realidad densa, cumplida ya, coagulada en tantas y tantas obras, instituciones, escritos, palabras, gestas... a la vista de las cuales –y solo a la vista de las cuales– podemos entender nosotros nuestra realidad más presente, solidarios en el origen con ellos, pero también en el fin. Da igual cuánto tiempo sea el que separe sus pasos de los nuestros: esto hace de cada uno de ellos un hombre, una mujer, de nuestro tiempo.

Con este reconocimiento –*Un hombre de nuestro tiempo*– se quiso hace medio siglo poner a la vista de todos y para memoria futura las palabras completas, intervenciones sentidas, pronunciadas en honor de José María Haro en el Teatro Principal de Valencia muy poco después de su fallecimiento. De aquel acto seguirían hablando entre sí algunos de sus protagonistas durante largo tiempo, hasta la paulatina desaparición de todos ellos. Ese mismo año, el siguiente, el siguiente y aún en los tres posteriores, unos y otros evocaban en su contacto epistolar aquella tarde magnífica, recordaban sus palabras, agradecían los gestos, se sorprendían juntos por tanto como había salido en sus poco más de sesenta años de vida de aquel cuerpo alto como una palma, desgarbado, enfermizo, enjuto, de hechuras quijotescas como era el de José María Haro; de su voz apenas perceptible y escasísima, medida hasta el extremo, incapaz de no dar a sus órdenes otro brío que el de una dulce insinuación; de aquellas horas del día siempre insuficientes que en sus manos parecían multiplicarse como en el milagro de los panes y los peces, en una actividad frenética, casi imposible, que llevaba a la extenuación a quien –¡ingenuo!– pretendía seguirle...

Ese año, la entidad organizadora de aquel acto, la todavía viva Asociación Católica de Maestros de Valencia, lanzó una edición de aquellas intervenciones de cinco mil ejemplares, que rápidamente se fueron distribuyendo entre propios y extraños, dentro y fuera de Valencia<sup>1</sup>.

Tantos años después, con su causa de canonización ya iniciada, y desaparecidos todos los que directamente tuvieron algo que ver con aquella celebración, queremos ofrecer de nuevo el recuerdo de aquel momento, dando a la luz otra vez los testimonios de todos los que intervinieron en él.

Toda la primera parte de este volumen corresponde a aquel acto tal y como nos ha llegado a través de ese folleto. Le siguen luego los textos que se han podido conservar, en algunos casos también publicados, procedentes de otros tantos homenajes celebrados por esos mismos años, desde el momento de su muerte en 1965, hasta pasada ya la década siguiente, entre 1971 y 1980. Todo lo cual lo corona el entrañable acto que tuvimos la dicha de celebrar de forma tan significativa al cumplirse los cincuenta años de su fallecimiento, con la apertura en Valencia de la fase diocesana de su causa de canonización, el día 16 de junio de 2015.

En una segunda parte –*Publicaciones en prensa*–, se seleccionan algunas de las semblanzas, necrológicas y artículos en su memoria publicados en distintos medios de información en los años más próximos a su fallecimiento, salvo los que aparecieron con ocasión de la apertura de la Causa, que se incorporan junto a los discursos en el apartado correspondiente.

\*\*\*

Hoy quizá no sean muchos los que fuera de su patria chica sepan algo de este chestano de pura cepa, de familia modestísima, cuyo talento y capacidad de trabajo le hizo destacar muy joven y que llegó a

---

<sup>1</sup> José María Haro Salvador. *Un hombre de nuestro tiempo (velada en homenaje. Valencia, 30 enero 1966)*, Asoc. Cat. Maestros de Valencia, Valencia 1966, p. 65.

ser una de las figuras más sobresalientes de la Valencia de entre los años 40 y 60 del siglo XX. Para pocos entonces podía serles desconocido el nombre de José María Haro. Sobre todo si se formaba parte del entorno de Acción Católica, de cuya rama masculina en Valencia fue presidente durante doce años realmente decisivos (1942-1954), o de la Asociación Católica de Propagandistas, a la que se incorporó en la segunda hornada de socios valencianos en 1928; del Instituto Nacional de Previsión, al que estuvo muy vinculado, que antecedió en materia de política social a los organismos públicos actuales de previsión y seguridad social en España; o de la rama social y laboral de la magistratura, de la que fue primer miembro en Valencia y juez decano.

Muchos se habían formado en su compañía en las aulas de la Escuela de Magisterio y de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, o como residentes del Colegio Mayor del entonces beato Juan de Ribera, en Burjasot, que tan gloriosas páginas ha ayudado a escribir para la historia de la ciencia, la cultura y la política españolas del siglo XX, y en el que residió de forma absolutamente excepcional –no me consta que alguna otra vez repetida– por un tiempo de diez años. Otros, no pocos, actuaron bajo sus órdenes en la judicatura, como juez de primera instancia o magistrado del trabajo; en la corta pero muy fructífera vida de la Delegación provincial de Primera Enseñanza o en los organismos diocesanos de apostolado laical y de asistencia social, muchos de los cuales aún existen y que tuvieron en él a uno de sus miembros más activos, cuando no incluso a su propio fundador, si no siempre oficialmente sí *de facto*, como inspirador o ejecutor principal del querer de otros.

Si se trata de buscar los orígenes de la Acción Católica y de la ACdP en Valencia, ahí está –junto a otros– José María Haro. Si es de las formas de participación activa de la juventud católica en el entorno universitario y civil de antes de nuestra guerra, lo encontraremos también, líder entusiasta. Suya fue la primera escuela de periodismo de la Iglesia, que promovió junto a Luis Lucia, a imagen –aunque a menor escala– de la que entretanto cuajaba en Madrid alrededor de Ángel Herrera Oria. Muy suya también la Asociación Católica de Maestros en la que, bajo el genio organizativo del arzobispo Olaechea, se

fundieron los esfuerzos de otras instituciones previas en las que el liderazgo natural de Haro Salvador había impuesto ya también su sello. Casi al mismo tiempo, en 1947, daba cuerpo jurídico, ponía en marcha como director y asentaba el espíritu de uno de los frutos más granados de cuantos brotaron del corazón salesiano de aquel santo arzobispo en los años de su pontificado levantino: el Banco de Nuestra Señora de los Desamparados. ¡Con qué entusiasmo acogió de manos de su obispo esta enorme responsabilidad! ¡Con qué espíritu, sabiendo que era a los hijos predilectos de la Virgen –a los desamparados– a quienes en realidad servía! «El Banco huele a entierro...», le escribieron un día. «Llegaremos –respondió Haro–: es obra de Dios, vencerá el Señor... pero nos hemos de mover...».

Ahí había que buscar muy especialmente a José María Haro, en la dimensión social de la obra civilizatoria de la Iglesia, primero bajo el largo gobierno de Prudencio Melo y luego, en los veinte años de su entrega a Valencia, de Marcelino Olaechea: el Banco de Nuestra Señora y la Tómbola de San Marcelino, la creación de barriadas enteras de «casas baratas», erección para ellas de escuelas, constitución de nuevos templos... Fue hijo fiel, obediente y leal de la Iglesia, a la que quiso servir como se le enseñó a servirla: tal y como ella deseara ser servida. Y como tal murió, desgastado al extremo, aunque todavía joven, dejando tras de sí la estela de una actividad arrolladora cuyas obras, pocas veces espectaculares, no nublaron nunca lo esencial: hacer de Cristo –comenzando por él mismo– todas las cosas.

\*\*\*

Unas últimas palabras. Ojalá sea útil, pero éste no quiere ser un libro académico, ni tampoco histórico. Ninguno de los textos que lo componen se pensaron en su día para atraer la inteligencia de historiadores, filósofos, sociólogos o pedagogos, sino el corazón de un público en la mayor parte de los casos realmente presente ante los oradores, en un auténtico diálogo que todavía hoy podemos prolongar de distinta forma, ciertamente, pero sin perder apenas la viva

palpitación de aquellas intervenciones cuando lo único que a nosotros nos queda, irremediabilmente privados del timbre y el acento, son estos restos suyos que recogen los textos.

No es a especialistas, pues, a quienes tampoco nosotros queremos dirigir estas páginas, sino a cualquiera que habiendo conocido –quién sabe si fortuitamente– al hombre del que tratan, quisiera conocerlo un poco más, verle como también le vieron, o a quien sin todavía haberle conocido pudiera hacerle un bien acercarse a su reflejo. Que no se enciende una lámpara para ponerla en oculto, sino sobre el candelero, de modo que todos puedan ver al entrar su resplandor (cfr. Lc 11,33; 8, 16-17; Mc 4, 21-22). Eso había que hacer precisamente ahora: poner bien alto –cuanto pudiéramos– esta lámpara que estaba encendida ya, pero muy escondida.

Esto no obstante, me ha parecido conveniente incluir de vez en cuando algunos pocos datos, referencias, notas, breves apuntes biográficos, que permitan contextualizar ciertas ideas, nombres propios, alusiones veladas o citas indirectas. Prurito académico, seguro... Pero el tiempo en que se leen estas páginas no es el de cuando se escribieron, ni tampoco el contexto, por lo que no está de más ayudar a la comprensión de cada relato remitiendo a información complementaria, que es la que he querido proporcionar tanto a modo de introducción en cada apartado de la primera sección (en texto siempre en cursiva para diferenciarlo del resto), como en notas a pie de página. Todas estas notas, sin excepción, como las líneas que introducen cada apartado, son mías, por lo que puede prescindirse completamente de ellas sin alterar en nada la lectura de lo que en verdad interesa, que son los textos. Ojalá los errores que contengan, de los que soy el único responsable, no sean demasiados y puedan cumplir esa modestísima misión. También el libro.

Juan C. Valderrama Abenza  
Valencia, 8 de diciembre de 2016  
Festividad de la Inmaculada Concepción

**Parte Primera**

# **Actos de homenaje**

(1965-2015)



# I

## Homenaje en el Teatro Principal

(30 de enero de 1966)

*La crónica que sigue, firmada por «un directivo» de la Asociación Católica de Maestros de Valencia, organizadora del evento, fue publicada en su revista Valencia Escolar (año XIX, nº 157, febrero 1966, pp. 1-4), con el título «Grandioso Acto necrológico en el Teatro Principal, como homenaje póstumo a Don José María Haro Salvador. –Nuestra Asociación escribe una brillante página en la Historia de Valencia». Se trata de la más completa de las aparecidas en aquellas fechas sobre aquel importante acto en los distintos medios de información valencianos, civiles y eclesiásticos, lo que hace innecesaria cualquier otra introducción por nuestra parte. Basten, si acaso, las notas que se incorporan al hilo de cada discurso, sobre todo con apuntes de tipo biográfico, para una mejor contextualización –como se anunciaba en la Presentación– de ideas, hechos y personajes.*

\*\*\*

El día 30 de enero de 1966, como estaba previsto, se celebró en Valencia la solemne velada proyectada en memoria de quien fue destacado Consejero de nuestra Asociación, nuestro llorado amigo José María Haro Salvador.

Las raíces del memorable acto celebrado en el Teatro Principal hay que buscarlas en el corazón espléndido y generoso de nuestro Presidente.

Cuando fuimos a ver a don José María Haro, pocos días antes de su muerte, salimos de la visita profundamente emocionados al comprobar lo poco que pesaba en aquel hombre el soporte físico, al que pronto abandonaría para entregar su espíritu al Creador con ilusión de cristiano ejemplarísimo.

Y fue al terminar, llenos de la tensión emocional de la entrevista, cuando don Vicente<sup>1</sup>, cogiéndonos del brazo, dijo: «Don José María se muere y hemos de hacer algo por él; hemos de pagarle lo mucho que ha hecho por el Magisterio». El acento que puso don Vicente en sus palabras era desbordante, contagioso y nos ganó enseguida. Pensé que tenía razón y acudió a mi mente el triste cuadro de los diez leprosos curados por Jesús, la fama de olvidadiza con los hombres destacados que tiene Valencia y pensé también –¿por qué no decirlo?– en el lamentable olvido, con evidente injusticia, en el que cayeron otras figuras muy dignas de que el Magisterio tuviera con ellas un recuerdo piadoso.

No hace falta ahondar más, para que acuda a la memoria del Magisterio Valenciano la figura ejemplarísima de un gran luchador, arquetipo de Maestros cristianos, desaparecido hace unos años. La familia de Haro y sus numerosos amigos no debían pasar por la amargura de un olvido de este tipo.

Así lo entendieron todos los directivos quienes desde los primeros momentos se pusieron al servicio de la familia de nuestro bienhechor.

---

<sup>1</sup> Se refiere a Vicente Hervás Vallés (1890-1971), que fue primer Presidente de la Asociación Católica de Maestros de Valencia y de quien fue estrecho colaborador José María Haro en los problemas relacionados con la enseñanza primaria y la formación de los maestros desde las instituciones que a tal fin se fueron constituyendo orgánicamente en la Iglesia diocesana, en los años, sobre todo, del arzobispo Olaechea.

Luego llegó la organización de la memorable velada. Eran muchas las actividades de Haro que merecían destacarse y había que reducirlas. Por fin quedaron cuatro fundamentales que debían glosar las personas más idóneas elegidas a escala nacional. Todas aceptaron complacidas. Luego hubo que elegir el marco del acto. Merecía que fuera el mejor, el Teatro Principal, cuyo coste estaba fuera de los alcances económicos de las entidades organizadoras. Pero era el corazón el que mandaba –no se hubiera celebrado el acto de haber participado nuestra mente–, nos lanzamos a tumba abierta y contratamos el teatro. Providencialmente visitamos al diputado provincial don Manuel Garrido Alfonso, quien con un cariño extraordinario hacia los maestros que nunca agradeceremos bastante, consiguió del Presidente don Bernardo Lassala, que fueran allanadas las dificultades de tipo económico<sup>2</sup>.

Pero al fin todo se solucionó y llegaron las compensaciones. Al iniciarse la velada el Teatro Principal ofrecía un aspecto imponente. En la Presidencia, las primeras autoridades valencianas y los rectores de las entidades más importantes de nuestra ciudad. En las localidades se veían destacadas figuras de la intelectualidad valenciana. Aquí no hubo deserciones como en el citado milagro de los leprosos.

En medio de un silencio impresionante, nuestro reverendísimo señor Arzobispo inició la velada elevando sus preces en memoria de Haro Salvador, oraciones que fueron contestadas por todo el auditorio.

El Vicepresidente del Consejo Diocesano de Hombres de Acción Católica, don Manuel Cortés Roig, pronunció unas palabras con voz emocionada acerca de la significación del acto que iba a celebrarse

---

<sup>2</sup> Manuel Garrido formaba parte de la Diputación de Valencia, a la que correspondían los derechos de administración del Teatro Principal, donde se celebró el homenaje, por representación orgánica como miembro de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación. Fue importante su colaboración para la cesión gratuita del local a los organizadores, a petición del presidente de la Asociación Católica de Maestros, Vicente Hervás (Oficio nº 217, Dip. Prov. de Valencia, 29 de enero de 1965). Presidía entonces la Diputación Bernardo Lassala González (1911-1987), antiguo propietario arrocero y militar del ejército del Aire, de largo mandato al frente de la institución, entre los años 1958 y 1970. Cfr. MIR MONTALI, V. R. (1995) «Elecciones, partidos y políticos en la Valencia del siglo XX», en CHUST, M. (dir.) (1995) *Historia de la Diputación de Valencia*, Dip. Val., Valencia, pp. 547-592.

y seguidamente el excelentísimo señor don José Corts Grau<sup>3</sup>, rector magnífico de la universidad, inicia su oración, cordial, profunda, llena de hondo sentido, ejemplar trascendente, vibrante en los conceptos y ajustada en la frase. Vocablos como estos: esperanza, eternidad, eucaristía y evangelio, constituyen la norma, las columnas que hacen firme una vida; cómo hallarse curado de ambiciones es vivir en la tierra con resplandor de cielo, como un anticipar la eternidad. Todo ello adscrito a Haro era un dulce temblor y un aleteo de angélicas virtudes, que hacían recordar en qué alto grado las poseyó en su vida, y cómo en holocausto hacia lo alto y ansias de santidad y de esperanza, quitó del corazón lo que estorbaba, y en amplio desvivirse por los otros, supo ofrendar su vida. Desdeñó lo superfluo, fue obediente, varón justo y humilde, supo siempre cumplir con su deber en donde estuvo, ¡y estuvo en tantas partes...! que apenas reservaba para sus atenciones personales la más exigua cantidad de tiempo. Este darse a los hombres, incansable, por el amor de Dios y de las almas constituye el mayor timbre de gloria que pudo alcanzar Haro, niño grande, embebido en la gracia divina.

El Ilmo. Sr. don Alfonso Iniesta Corredor<sup>4</sup>, Inspector de Educación Primaria de Madrid y Consejero de Educación Nacional al recordar

---

<sup>3</sup> Hijo de maestro, J. Corts Grau nació en Fortaleny (Valencia) en el año 1905. Entre 1924 y 1929 estudió Derecho en la Universidad de Valencia, con ampliación de estudios en Friburgo. Doctor en 1932 con una tesis dedicada al *Ideario político de Balmes*, fue catedrático de Filosofía del Derecho y Derecho Natural en las Universidades de Granada (1935) y Valencia (1941), donde ejerció diversas responsabilidades de gobierno, hasta su designación como Rector en 1951, cargo que prolongaría hasta 1967. Falleció en Valencia el 4 de enero de 1995. Fue compañero de José María Haro largos años tanto en A.C. –la Guerra Civil le sorprendió en Granada como secretario de la Junta Diocesana de esta organización– como en la A.C.N. de P. Ambos recibieron juntos la insignia de socios el 5 de noviembre de 1928, en la que sería la segunda promoción de propagandistas del Centro valenciano.

<sup>4</sup> Alfonso Iniesta, nacido en Pozocañada (Albacete) en 1901, ejerció como maestro en Bañeres y Madrid antes de su paso por la Inspección de enseñanza, a la que llegó desde la Junta Técnica Nacional de Maestros. Fue autor de un buen número de títulos de contenido pedagógico –*Garra marxista en la infancia* (1939), *Orientaciones sobre la disciplina escolar* (1940), *El orden nuevo en la educación de juventudes* (1941), *La infancia de hoy, juventud de mañana* (1951), *Rasgos para una educación misional* (1954), *Educadores. Perfil moral del docente* (1959), *Didáctica, metodología y organización escolar para oposiciones* (1961), *Los gitanos: problemas socioeducativos* (1981)...–; de historia de la educación –*Educación Española* (1941), *La tradición educativa española y Don Andrés Manjón* (1941), *La Pedagogía de San José de Calasanz* o *La educación de Felipe II* (1960)–, y religiosos, como *Dicen las florecillas. Estampas franciscanas* (1959), galardonado con el Premio Lazarillo de 1958, *El concilio ecuménico Vaticano II* (1962), o las biografías *Los santos ríen y lloran* (1960), *Juan XXIII, el Papa bueno y amable* (1961), e *Hijo de obrero, arzobispo de Valencia* (1992), dedicada a don Marcelino Olaechea. Propagandista del centro de Madrid, murió en la ciudad de Alicante en 1994.

a Haro como un paladín del Magisterio, expone a grandes rasgos la labor incansable que en toda circunstancia llevó a efecto en defensa del maestro; cómo en todo momento y ya desde su infancia, sentía por nosotros, por el suyo de las primeras letras, una veneración extraordinaria y cómo enamorado de la función docente, se hizo también maestro y lo fue en grado sumo en tantos estamentos con su misión rectora.

Los padres de Familia y en la destacada personalidad del Ilmo. Sr. don José María Hueso Ballester, Secretario de la Confederación Nacional que pronunció el discurso sobre «Haro como padre de familia», tuvieron en el acto la oración entrañable de un compañero afín en sus campañas, el cual nos daba a conocer de forma exacta y detallada la gran labor, la inmensa entrega que a estas grandes empresas de índole nacional por la Familia, aportó siempre Haro.

El Excmo. Sr. don Baltasar Rull Villar<sup>5</sup> glosó el tema de «Haro, Magistrado», y su voz entrañable, ajustada y vibrante puso de manifiesto cómo las vocaciones que informaron la vida de Haro Salvador fueron siempre éstas: Justicia y Enseñanza; las dos bases más firmes sobre las que habrá de cimentarse en todo tiempo el mejor porvenir de nuestra Patria.

El subsecretario del Ministerio de Justicia, Excmo. Sr. don Alfredo López Martínez<sup>6</sup>, habló de Haro como «Hombre de Acción Católica»,

---

<sup>5</sup> Natural de Onda (Castellón), donde había nacido en 1901, Rull ocupó la alcaldía de Valencia apenas cuatro años, entre 1951 y 1955. Formado en Derecho en Valencia y Madrid, se incorporó a la Judicatura, prestando servicio en los partidos de Chelva, Segorbe, Alzira y Castellón. Magistrado de la Audiencia provincial de Valencia, en 1960 fue designado presidente de la Sala de lo civil del Tribunal Supremo (Madrid), cargo que desempeñó hasta su jubilación. Amante de su tierra y de su pasado histórico, fue, amén de juez, cronista de su localidad natal desde 1943 e *Hijo Meritísimo* de la misma. Miembro de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, cuenta en su haber con varios títulos de naturaleza jurídica, de memorias (*Memorias de un juez español*, 1959) y de historia local.

<sup>6</sup> Sin duda uno de los grandes nombres de la historia en España de Acción Católica, Alfredo López nació en Madrid en 1905, en cuya Universidad cursó estudios de Derecho y donde ejerció como abogado (1931-1964) y Procurador en Cortes (1959-1965). Fue vocal y Secretario de la Junta Central de A.C. desde su constitución, bajo la presidencia de Ángel Herrera Oria, con quien colaboró igualmente con información especializada y crónicas judiciales para *El Debate*, hasta el año 1934. Tras la finalización de la guerra civil, fue nombrado Vocal de la Junta Nacional Técnica de A.C. y más tarde Presidente (1945-1959). Subsecretario en el Ministerio de Justicia bajo el mandato de Antonio María de Oriol y Urquijo (1965-1973), fue miembro y luego presidente de la Comisión interministerial sobre libertad religiosa –de la que emanó la Ley de libertad religiosa de 1967– y de la comisión ministerial para la revisión del Concordato con la Santa Sede vigente desde 1953.

haciendo resaltar con elocuencia bien significativa la suma de valores humanos, religiosos y morales, que en todos los ambientes y como aportación constante y oportuna, fue vertiendo, a lo largo de toda su existencia, la tarea incansable de este gran valenciano. Obediente y sumiso siempre a la Jerarquía, a ella le rindió, adicto, todo su fecundo apostolado, un ferviente homenaje, con su oración constante, su palabra y su pluma, aunque ello supusiera en muchos casos renuncias personales o inmensos sacrificios.

Al hablar de su horario recargado y exigente por tantas atenciones y deberes, pone de manifiesto cómo Haro supo ordenar su tiempo de tal forma, que no desperdiciaba ni un minuto; y en la Iglesia, en su casa, profesión y familia, en su vida social y ciudadana, tan representativa, nos dio siempre el ejemplo de lo que un militante católico como él lo era, en las filas activas del apostolado seglar, su voluntad de acción y su trabajo, lo superaban todo. Hizo un canto a su esposa ejemplar y admirable, cuya comprensión dulce, sublime, fue su apoyo más noble y eficiente.

Con la paternal bendición del Sr. Arzobispo a todos los presentes, se clausuró este acto, en cuya presidencia figuraban honoríficamente y en torno del prelado, don Marcelino Olaechea y Loizaga, el subsecretario del Ministerio de Justicia, don Alfredo López Martínez; gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, don Antonio Rueda Sánchez-Malo; gobernador militar de la plaza, general Blanco Olleta, en nombre del capitán general; coronel de Aviación, don Manuel Bernal, que ostentaba la representación del general jefe del Aire; secretario de la Comandancia de Marina, don Joaquín Vila Belda, en representación del comandante; alcalde de la ciudad, don Adolfo Rincón de Arellano<sup>7</sup>; presidente de la Diputación, don Bernardo de Lassala y González; presidente de la Audiencia Territorial, don Cándido Conde Pumpido; rector de la Universidad, doctor don José Corts Grau; don

---

<sup>7</sup> Cardiólogo de profesión, formado en Valencia, Madrid y Roma, Adolfo Rincón de Arellano y García (1910-2006) presidió el consistorio valenciano entre 1958 y 1969. Procedente del movimiento monárquico regional, fue uno de los fundadores en Valencia y jefe regional de la Falange Española desde su nacimiento en el célebre discurso de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro Comedias de 1933. De 1943 a 1949 fue presidente de la Diputación Provincial de Valencia y, en condición de tal, Procurador en Cortes.

Baltasar Rull Villar, magistrado del Tribunal Supremo y ex alcalde de Valencia; fiscal jefe de la Audiencia Territorial, don Juan Antonio Altés Salagranca; delegado de Hacienda, don Remigio Nebot Aparisi; don José María Hueso Ballester, secretario de la Confederación Nacional de Padres de Familia; don Alfonso Iniesta Corredor, inspector central de Enseñanza Primaria; delegado de Trabajo, don Victorino Anguera Sansó; presidente de la Asociación Católica de Maestros, don Vicente Hervás; presidente de la Federación de Padres de Familia, don Ángel Ortuño; don Isidro Niñerola, presidente del Consejo de los Hombres de Acción Católica; inspector jefe de Enseñanza Primaria, don José María Vela Payán, en representación de la Dirección General de Enseñanza Primaria; ilustrísimo señor deán de la Catedral de Zaragoza y prelado doméstico de Su Santidad, reverendísimo señor don Hernán Cortés Pastor; presidente de la Asociación de Antiguos Becarios del Colegio Mayor de San Juan de Ribera, de Burjasot, don Carlos Verdú; presidente del Consejo Provincial del Instituto Nacional de Previsión, don Julio de Miguel; magistrado decano de Trabajo, don Alejandro Romero; director del Instituto Nacional de Previsión, don José Monén; delegado provincial del S.E.M., don Cándido Salazar; el delegado administrativo de Educación Nacional, don Reyes Vera; don Enrique Taulat, decano del Colegio Notarial, y otras relevantes personalidades.

Se recibieron multitud de adhesiones de diferentes provincias españolas entre las que merecen destacarse las del eminentísimo cardenal don Ángel Herrera Oria<sup>8</sup>, y de otros muchos prelados españoles, así como también las del rector de la Universidad de Madrid, consejeros nacionales, alcaldes y altos cargos de la Iglesia, la milicia, la judicatura y la enseñanza<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> «Adhiérome cordialmente –decía en el telegrama dirigido a V. Hervás (Málaga, 31 de enero de 1966)– [al] homenaje [en] honor del que fue mi querido amigo José María Haro. Modelo [de] caballeros cristianos[,] padres de familia y hombres de Acción Católica, Cardenal Herrera», Archivo Diocesano de Valencia [= ADV], Sec. José María Haro Salvador, caja 1, leg. 6 (en adelante, dado que no ha concluido el proceso de inventariado y clasificación de toda la documentación disponible en archivo, se hará constar junto a los datos de descripción de los documentos que se citen, número de caja y legajo, sin otra precisión).

<sup>9</sup> Entre los días 23 y 30 de enero, junto a otras muchas adhesiones y muestras de afecto, se recibieron cartas y telegramas de los obispos de Coria-Cáceres, Manuel Llopis Ivorra, Ciudad Real, Juan Hervás, y Mondoñedo, Jacinto Argaya; del Presidente de la Federación Nacional de Maestros

Y tras el acto, grandioso, entonado y austero a la vez, la palabra de nuestro Prelado, salida directamente de su desbordante corazón de Padre y Pastor, que anunciaba la apertura del proceso de beatificación de su amado hijo José María Haro Salvador.

La Asociación, en íntima colaboración con el Consejo de Hombres de Acción Católica, había creado el clima propicio para que se anunciara este hecho importante, con la solemnidad que requería, al propio tiempo que escribía una bella página en la historia valenciana. Una página que da categoría y trascendencia a los pueblos, porque exalta los valores del espíritu: los más nobles y elevados de la persona humana.

---

Espanoles y Consejero Nacional de Educación, Aristónico García Blanco; de Enrique Gutiérrez Ríos, Rector de la Universidad de Madrid entre 1964 y 1967; del Director Gral. de Enseñanza Primaria, Joaquín Tena Artigas y del Inspector Central de Enseñanza Primaria, Manuel García Izquierdo; del Marqués de Tremolar, Alfonso Escámez López, el Presidente de la Academia Valenciana de Jurisprudencia y Legislación, o Vicente Pons Franco, Secretario saliente del Colegio de Abogados de Valencia.